



.....

**TIBACUY, CULTURA
DEL OLVIDO,
OPORTUNIDAD
DE LA MEMORIA
MIRADA DESDE
LOS ESTUDIOS
CULTURALES**

.....

INTRODUCCIÓN

Las dinámicas sociales, culturales e institucionales del municipio de Tibacuy, hacen del olvido su clave cultural dada la ausencia del reconocimiento profundo que merece sus potenciales e importantes patrimonios ambientales, arqueológicos e históricos, y por ende la escasa producción intelectual local sobre estos aspectos que, si bien existe, no circula ni entra en debates para dinamizarla o enriquecerla. Ese olvido, que es la espalda de la memoria, se hace crítico al momento de revisar los aprendizajes que dejaron el reciente conflicto armado que sufrió la región a cuenta de grupos insurgentes, paramilitares y delincuencia común; en cambio, soslaya heridas y resentimientos que de manera invisible pero sentida hacen parte de la identidad del lugar. A cambio de lo anterior, el municipio vive el momento de la promesa del turismo como factor económico emergente, sin claridad de los alcances e incidencias y tampoco de un plan estructurado que incluya los distintos actores locales.

Sin producción de conocimiento y debate intelectual, el descentramiento de la cultura es palpable y con ello el vaciamiento de validarla como factor potencial para configurar identidad y potenciar las distintas dimensiones de la vida del municipio. Es por esta razón que, en este apartado, se coloca la cultura como centro para realizar una lectura desde las claves que proporcionan los estudios culturales, a fin de sugerir otras miradas que trasciendan el momento y se fijen en un presente potencial. Fieles a las líneas de este campo de trabajo intelectual, su proyección crítica y por ende transformativa, hace que sea una mirada política en cuanto promueve construcción de consciencia y generación de movimiento, todo, con el fin último que buscan los estudios culturales en estas partes del continente latinoamericano: aprender a vivir en comunidad.

En lo que sigue, revisaremos esas claves conceptuales que permiten, de un lado, entender el territorio como parte del contexto, y también apostarle desde algunas miradas teóricas el lugar de la memoria y su vínculo cultural, elemental para el estudio del presente libro.

Para desarrollar esta hipótesis, nos sustentaremos en 3 partes. En la primera, como base argumentativa, revisaremos elementos conceptuales de los estudios culturales que permiten observar y analizar la comunidad y su contexto, centrado en un protagonista clave que ayuda a explicar el ser, quehacer y sentido de la comunidad tibacuyense. Un segundo momento requiere articular los argumentos con lo observado en la investigación. Finalmente, trataremos de sugerir rutas de apertura, las cuales buscan responder al ideal de transformación de realidades como se entiende de los estudios culturales.

CLAVES CONCEPTUALES DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

EL CONTEXTO

Los estudios culturales tienen en el contexto su marco de análisis. Se acepta la noción de la cultura como la construcción social surtida por la interacción cotidiana que da sentido a la actividad en comunidad, de tal forma que las interacciones son alteradas por fuerzas propias del lugar, la injerencia de los actores locales, y por fuerzas que están más allá de la frontera local, como determinaciones que implican al municipio y sus gentes, y también las influencias sociales y culturales provenientes de otros lugares ya sea por mediación tecnológica o la llegada de nuevos residentes o pasantes de turno, como el turismo.

Pensar en contexto es asumir una mirada multidimensional ¿cómo comprender el contexto llamado Tibacuy? De acuerdo con Grossberg (2017), “No se trata de entender la cultura, sino de comprender el contexto con la cultura como un elemento absolutamente vital, y es la manera como entramos al contexto”, es así como debemos entender el contexto como cambiante y activo, organizado y organizador. Pero el contexto es más que el territorio, sus accidentes geográficos, clima y ambiente... el contexto lo entenderemos, además, como la suma de las fuerzas vivas que tensionan el existir en el municipio. Para Hall, padre de los estudios culturales, es necesario acudir a la especificidad histórica del contexto que, para el caso de Tibacuy, como de cualquier lugar mirado desde esta óptica, toda verdad es contextual, lo que es verdad en Tibacuy, es verdadero allí, y no necesariamente en otro lugar.

Es así como referimos que los sucesos históricos como la conquista, colonia, independencia, vida republicana y el reciente conflicto armado con sus hechos victimizantes, tienen en este municipio una particularidad específica que es propio identificar y caracterizar, teniendo en cuenta todas las fuerzas contextuales e implicativas (Pearce, 2002) que le son propias. De igual manera, la teoría traída para el análisis debe ser contextual, pues si bien América Latina ha estado marcada por conflictos armados, la complejidad colombiana obliga centrarse en los análisis y sus matices locales, así que la teoría también es contextual, las luchas políticas y problemáticas, las fuerzas hegemónicas y contrahegemónicas, si las hay. Ahora bien, ¿de dónde sacar teoría que aplique a Tibacuy en su especificidad? Si no la hay, debe hacerse y es allí donde se

plantean los más significativos retos que encara los estudios culturales: producción intelectual. Cultura e identidad están hermanadas, pues pensar en la cultura, conlleva pensar la identidad y desde los estudios culturales la entendemos como una trama movible que para el presente dista de lo que fue en otros momentos; en tiempos del conflicto, y antes de este, se tejió una identidad particular que incluso hacían nombrar el municipio como “rojo”. Ciertamente es que la pregunta por la identidad trae sus complejidades y retos, una tarea propia de la comunicación, muy interesada en conocer los procesos de representación y construcción de sentido, haciendo que la identidad tenga una doble clave cultural, indeterminada por su movilidad, pero también representativa por las dinámicas del lugar que van marcando y sosteniendo en el tiempo el imaginario del ser tibacuyense.

De acuerdo con Hall, si se quiere estudiar la cultura, habrá que mirarlo todo, menos la cultura, así que en Tibacuy los aspectos multidimensionales del contexto sobrepasan, los hábitos, las tradiciones, el lenguaje, el clima, los accidentes geográficos, los ecosistemas y las estructuras. No se reduce a lo que se ve... habría que apostarle a lo que se siente y entiende del lugar (congnición social) y para ello es necesario estar allí, respirar, escuchar, hablar, conversar y observar para descubrir el conjunto de símbolos que la interacción produce, por lo que asumimos que el contexto es un conocimiento experiencial donde cualquier abordaje teórico llega después y habría que considerar el lugar como génesis de teorización.

En algún momento conocida como la *joya escondida de Cundinamarca*, el apelativo de escondida le viene bien porque de alguna forma está en un lugar recóndito, protegida por dos guardianes emblemáticos y a la vez reservas naturales de poderoso atractivo turístico: las cuchillas de Peñas Blancas y el Cerro del Quininí. Es en efecto el rincón de la región del Sumapaz, pues limita con la del Tequendama y directamente con el municipio de Viotá. Los vecinos inciden, como familia patológica (Guadarrama, 2004), en la forma de significar y hacer la vida, y tanto Sumapaz como Viotá, son insignes de luchas y tensiones políticas en torno a la tierra, con presencia de movimientos del Partido Comunista cuyos logros permitieron que muchos campesinos accedieran a tener un predio. En su lógica práctica del uso del suelo y los recursos, la vocación cafetera extendió por sus laderas el cultivo que ha caracterizado el territorio disminuyendo notoriamente sus bosques; las piedras, pese a contener espectaculares muestras de arte rupestre precolombino, siendo quizá el municipio con mayor cantidad y por tanto riqueza en este aspecto, han sido explotadas con dinamita y convertidas en base de construcciones o cercas tanto para actividades locales como de otros municipios. Aunque ya en desuso, el picapedrero fue un oficio que significó ingresos importantes para algunos lugareños; hoy esa labor ha disminuido lo que da al patrimonio arqueológico una oportunidad, que sin embargo es celada por encontrarse en fincas privadas

y el acceso a estas, es relativo; infortunadamente, a las que se tiene acceso por permisividad y también descuido local, han sido destruidas por visitantes como sucede con la célebre piedra del Diablo, ubicada en el sector el Tachuelo. También la riqueza de fauna y flora han venido sucumbiendo ante esa lógica práctica y la invasión de perros; especies silvestres de mamíferos han sido cazados o destrozados entre los colmillos caninos hasta colocar las especies a poco de su extinción. Por su parte, especies de flores tutelares como el tijiky propio del cerro Quininí, conocido popularmente como borrachero, fueron cortados y erradicados como planta maligna no obstante de ser considerada por los ancestros como planta de poder.

También por su altura y sitio de 360° de panorámica, el Quininí es el lugar donde se instalaron hace ya décadas antenas para la retransmisión de telefonía y emisoras radiales. Para su instalación se ofertaron trabajos para campesinos, cosa que les permitió ingresos momentáneos, pero el daño sufrido por la montaña a partir de las explosiones de dinamita para abrir la vía que subiera los materiales de las antenas, dio fin con nacederos de la montaña sometiendo a ciclos críticos por escasez del líquido a las veredas circundantes. Estas formas de expropiar el territorio y suprimir los recursos, se patentiza con los permisos cedidos en las últimas dos administraciones a explotadores de canteras, que ya han generado espacial daño en la base de Peñas Blancas.

El permiso para la explotación de 30 hectáreas por 10 años afecta no solo el paisaje, sino la estabilidad del cerro y la calidad del aire y silencio; es significativo indicar que, para lograr dicho permiso, se contó con aval ciudadano, el cual en medio del jolgorio de una fiesta ofrecida por la empresa interventora se obtuvieron las firmas que avalaban estas operaciones. Hoy, ante el avance de deterioro del paisaje y la contaminación, algunos residentes del municipio han iniciado resistencia y veeduría para frenar, entre otros, la manipulación irresponsable de los recursos.

Aún con todo el esbozo que muestra la posición del tibacuyense frente a sus patrimonios naturales y arqueológicos, se preservan zonas de reservas naturales con algunas especies de fauna silvestre. Es Tibacuy, sexto municipio a nivel nacional con más presencia y avistamiento de aves; goza para los meses de octubre y noviembre, ser sitio de reposo de aves migratorias que van hacia el sur escapando del invierno del hemisferio norte. Una riqueza significativa es el paisaje, dada su colocación entre la cuchilla de Peñas Blancas y el cerro del Quininí que conjuntamente limitan al occidente, y por el río Chocho o Panche hacia oriente, donde se abre un cañón que separa al municipio de Fusagasugá, hacen que el paisaje sea uno de sus atributos más significativos.

Este conjunto da cuenta de un ambiente que incide como fuerza contextual en todos los aspectos de la vida de la gente y sus actividades, y dentro de estas están las repre-

sentaciones simbólicas y materiales. En dos experiencias fotográficas, una con víctimas del conflicto y otra con estudiantes del Institución Educativa Departamental Técnico Agrícola Calandaima, las evocaciones de los hechos violentos vividos por los primeros, y las proyecciones de lo significativo para los segundos, encontró en el paisaje un referente de encuentro. Es propio para el habitante del campo entenderse con su ambiente dado que lo respira y lo ve, naturaliza y se convierte también en refugio y referente.

Las acciones que allí se suceden, son también referente de significación social y es a partir de allí que se construye el conocimiento. Es por eso que entendemos la presencia del paisaje en la mirada referente de los tibacuyenses y es, para el momento de esta segunda década del siglo XXI, su estrategia económica al nominarse como balcón del Sumapaz. Por ahora no están descifradas las actuaciones ni los agenciamientos que el lugareño tenga en esta configuración que genera el contexto.

En un sondeo con distintas personas del municipio, entre docentes, tenderos, campesinos, jóvenes, se encontró que luego de la expulsión de la guerrilla por allá en el año 2003, la gente tuvo un reencuentro con su territorio como una especie de reapropiación. El ejercicio buscó, entre otras cosas, notar con qué se identifica la gente de Tibacuy, y cuáles son sus representaciones (materiales y simbólicas) y cuál es el significado de estas, es decir qué hace la gente con ellas y para qué «les sirve». Hubo una coincidencia especialmente entre adultos, en que hace dos décadas, ir al Chocho era parte del divertimento, también la cacería o pasear los cerros. La inmersión tecnológica ha desplazado el interés de los más jóvenes y es entendible pues el atractivo por el río es marginal entre otras cosas dada su contaminación.

COYUNTURA

En términos de construcción de memoria, y olvido, referente clave del proyecto de investigación adelantado por la UNAD, es necesario acoger la categoría *coyuntura* propuesta por Hall, que en palabras de Grossberg, “implica entender una formación social no como una formación espacial y temporal predefinida, sino como la acumulación y articulación de múltiples contradicciones”, las cuales convergen, como en Tibacuy, y “establecen relaciones unas con las otras y redefinen el contexto como una lucha de más amplio alcance” (Op. Cit), siendo una de las más claras contradicciones el tener un pasado prehispánico rico, misterioso, evidente y notable, resumido en el patrimonio arqueológico que como suele ser para los colombianos, ha sido desdeñado, perdido, maltratado y sin el reconocimiento de su potencial identitario.

Así mismo, tiene valiosas riquezas de orden cultural, gastronómica e histórica, e indudablemente y la de mayor peligro en este momento, las naturales centradas en su flora y fauna. Sin embargo, todo esto se desdice desde su modesta vocación académica, el déficit de escolaridad, y el desinterés por hacer de su historia esencia de su identidad. Si como bien lo dijieran expertos en materia arqueológica, Tibacuy tiene una biblioteca en piedra, como pocos municipios en el departamento y en Colombia, pero como sabemos sus piedras han sido explotadas para convertirlas en insumos de construcción. Aunque existen estudios de distintas universidades nacionales y extranjeras que dan cuenta de la riqueza en insectos, aves, reptiles y mamíferos, la caza furtiva de hace décadas, y que ahora se ha disminuido favorablemente, dio al traste con muchas de sus especies y aún hoy, la extensiva presencia de perros en zonas de reserva natural amenaza continuamente a armadillos, ñeques, zarigüeyas, puercoespines entre muchos otros.

Puesto en otros términos, el momento de la actual Tibacuy es epicentro demostrativo de las profundas contradicciones que quizá caracterizan nuestra identidad nacional que, al cimentarse en enormes riquezas materiales, bióticas y culturales, son tratadas como recursos económicos de intensiva explotación y sin valorar su potencial que aporte a la dignidad colectiva. Con tanta riqueza en materia cultural e histórica, habría oportunidad de orientar su estudio para visibilizarla y hacer de esta un atractivo más, que en potencia conduciría tanto a la apropiación y reconocimiento local y foráneo. Sus instituciones educativas podrían hacer esfuerzos para centrar parte de sus proyectos de formación en las áreas donde ya es rico el municipio por naturaleza. ¿Un PEI en arqueología? No sería descabellado.

Así mismo, su extensa riqueza ambiental, debe llamarse más a la protección y valoración para hacerla parte de la economía local para no ser entendida como su enemiga. El temor infundado de tener un predio en una reserva natural es consecuencia de no comprender que aún como tal, tiene posibilidades importantes de ser explotados económicamente, como son los cultivos de hongos y especies amigables con el bosque. Allí se requiere una mirada más amplia que dé apertura a nuevas formas de ingreso conociendo y cuidando lo que ya se tiene. El turismo, la principal proyección económica que tiene hoy Tibacuy, es una ventana que requiere mirarse con detenida atención, pues si bien ya se explota significativamente, aunque sea por unos pocos, la falta de control administrativo, los deficientes o inexistentes planes de manejo ambiental, pueden hacer de esta práctica económica la debacle de todo el sistema natural y patrimonial.

Se resume lo anterior en la incipiente preocupación por la memoria. Ese es el lado hiriente de la cultura, que evita la confrontación especialmente de aquellos hechos que causaron mucho daño a la población y que aún no deciden reconocer o mirarse

en ellos. Cuando no aprendemos a mirarnos a nosotros mismos y comprender por qué y para qué de lo acontecido, corremos el riesgo no solo de repetir nuestras equivocaciones, sino que limita la capacidad de reconocernos y construirnos colectivamente de maneras distintas. Tibacuy, sus pobladores, fueron permeables a la violencia guerrillera y paramilitar, en alguna medida por la debilidad de su tejido social, lazos que se quebraron y reventaron con la presión de estas fuerzas ilegales afectando tanto la cohesión social como la unión intrafamiliar.

Entender esta coyuntura abre la posibilidad de asumir el presente histórico, lo que implica construir futuros de posibilidad. Y esto se traduce en hacer de sí mismo, Tibacuy, su propio ejemplo de transformación que no centre sus problemas en las administraciones de turno o los intereses de foráneos, sino en su deseo de vivir la confianza entre vecinos y con el propio ambiente. Cuando los demás importan, importa uno mismo y esa idea de otredad cercana y fiable haría llevar a la comunidad a encontrarse por fuera de la euforia y el olvido. Una cultura de la memoria no es otra cosa que aprender constantemente de lo que se vive y hacerlo materia de lección y legado. Cuando no se atiende el problema de fondo, se atacan síntomas equivocados.

Y es, pensando en el legado, donde aparecen otras aristas de la coyuntura. Cuando hablamos con los adolescentes del colegio rural Calandaima, notamos una juventud silenciosa y tímida, con dificultad para exponerse como sujetos. Pero hay allí también la fuerza de lo emergente que se articula con medios y canales que hacen posible otras formas de comunicarse; en videos y fotografías realizadas por ellos, están tanto su mirada sobre el territorio llena de fuerza y belleza, como el vínculo con lo natural, las plantas, animalitos de casa y el paisaje.

Parece inherente su amigabilidad con la tecnología, aunque su acceso sea precario y limitado a teléfonos móviles. Son capaces de conectarse con el pasado violento del municipio y aspirar a nuevas formas de vivir; aunque estos enlaces no son efervescentes sí se asoma la conciencia que hay que hacer las cosas distintas. Así que existe una complejidad por descubrir y revelar que se anida en la relación entre viejos y jóvenes. Pareciera que se puede más, sí se quiere más. Así mismo, allí anida la compleja relación entre pasado y presente, pues expresan parte de la difusa herencia que aún se respira a cuenta de petroglifos e historias.

La memoria entonces no es un asunto de los hechos violentos entre 1998 y 2003. Estas estrecheces son las que rechaza la propuesta de los estudios culturales, pues si bien es necesario fragmentar para estudiar, la comprensión nos lleva a que el hilo conductor de la memoria, difuso pero presente, debe mirarse en toda la extensión de su complejidad. La tarea de construir memoria colectiva es importante como aporte a

la memoria histórica, pero estas dos pasan por la individual que, de cualquier forma, todas deben ser colaborativas pues el ayudarnos a recordar es el camino para ayudar a vernos.

Y este ayudar a vernos debe partir por preguntas sobre qué queremos ver y qué puede ser relevante ver. Allí es donde la universidad tiene un espacio, a proponer el diálogo, a sugerir alternativas sin predeterminedar lo que se va a ver. La universidad es parte de la coyuntura si se hace presente, en terreno, y se atreve a oír. Cuando trabajamos con los chicos del colegio, nos dimos cuenta de que ellos pueden hablar y dar cuenta de esos hechos de violencia donde sus padres, parientes y vecinos estuvieron de alguna manera presentes; pero no es el diálogo que esperan abrir ellos, en cambio sí el del territorio, aunque esta categoría resulte tan amplia como ambigua. Lo que sí es perentorio interrogarse, es qué se preguntan los chicos de hoy, cuestión relevante no solo para la construcción de memoria, sino para todos los ámbitos del municipio.

De los ejes que determinan la vida del municipio, está la economía, la política y la cultura. Como ya se ha especificado, su vocación agrícola ha venido dando paso a la ganadera, con el consecuente deterioro ambiental. También el café, muy significativo a la cultura tibacuyense, ha retrocedido y ya no se produce tanto café como antaño, ni tampoco de la mejor calidad.

En lo político, Tibacuy hace parte de la injerencia de caciques regionales que orbitan desde Fusagasugá, pero no existen políticos que ejerzan la fuerza contraria. Así, tiende hacia lo homogéneo sin alternativas.

En el aspecto tradicionalmente llamado cultural, tiene espacios de formación en distintas artes como la danza, la música y cuenta con algunas agrupaciones musicales de cuerdas. El nuevo auditorio y Casa de la Cultura son muestras del interés municipal por impulsar estos espacios. Sin embargo, la cultura debe entenderse más allá de estos necesarios espacios que en lo general se entienden como periféricos o inclusive cerradamente folklóricos, y la apuesta que promueven los estudios culturales es que tenga un papel central.

CULTURA COMO CENTRALIDAD

¿Qué significa entender la cultura como centro? Retomando a Hall, la cultura es «parte constitutiva de la vida de las personas»; es el «medio donde suceden las articulacio-

nes y relaciones de poder mismas; la cultura entendida como las formas de vida y los mapas que la organizan» (Grossberg, 2017). La cultura no es la secretaría responsable de la administración, está presente en toda la administración y la vida pública, pero en todas «las estructuras sociales, transiciones históricas, organizaciones económicas, relaciones sociales e instituciones políticas» (Op. cit.). Está en las formas de ser y hacer la vida justo en las formas que definen y establecen el orden y sentido social. De allí la importancia de mirar las relaciones sociales, porque es en ese intercambio donde se construyen tanto los significados como los sentidos de las prácticas que acentúan tanto la identidad y proyectan el devenir de una comunidad como la tibacuyense. En otras palabras, la cultura de Tibacuy está en sus relaciones y lo que con estas se construye.

RELACIONES SOCIALES

El análisis social de las relaciones pasa por identificar las fibras que constituyen lo que podríamos llamar el tejido social, compuesto por las distintas instituciones sociales y del Estado, y en particular actores en la trama del conflicto. En Tibacuy están presentes víctimas, victimarios, la comunidad no víctima, agentes del Estado y cuentan también, los de paso, es decir, visitantes y turistas.

Comprender el estado y las formas de relacionarse las personas, muestra tanto la cultura como sus potencialidades y necesidades de transformación. De allí, que la comunicación y su análisis aporta a dicha comprensión, pero en especial a necesarios y posibles cambios si entendemos la capacidad de la comunicación para resignificar y construir sentido entre sus actores y agentes.

Entre los primeros, víctimas, ya hemos mencionado que se encuentran quienes fueron afectados por hechos victimizantes, familiares de personas que fueron muertas o desaparecidas, personas que sufrieron el desplazamiento forzado y que retornaron al municipio o quienes provienen desplazados de otras regiones del país. Un hecho particular es que, al vincularse en los registros oficiales de víctimas del conflicto, no solo se reconocen como tales, sino que dicho sustantivo les permite acceder a beneficios otorgados por ley; este es un proceso que realizan mediante registro y evidencia ante la personería municipal, donde se coordina la mesa municipal de víctimas en la que pueden participar.

Hay quienes sufrieron también hechos victimizantes, mas no se reportan como tales, tomando distancia de lo relacionado con la mesa municipal y las acciones que allí se

cumplen; algunas de estas personas, incluso, se han alejado de la comunidad, viven en sus casas y tienen contacto mínimo con la gente del pueblo, o si la tienen no mantienen lazos estrechos por lo que podríamos llamar resentimientos ante la insolidaridad o delación que llevó al cabo la muerte o desaparición de familiares. Otros, muy vinculados con la comunidad en cambio, aunque se denominan víctimas, no se vinculan al colectivo de la mesa, y mantienen actitudes reticentes ante víctimas y victimarios.

Aunque no autodenominados, pero sí reconocidos e indicados por las víctimas especialmente, están los victimarios, personas que en algún momento hicieron parte de una red de colaboradores de la guerrilla, algunos de ellos nombrados como milicianos. Estas personas, generalmente jóvenes en el momento del conflicto, son oriundas del mismo pueblo, y cumplieron tareas de informantes de hechos o violación de normas establecidas por la guerrilla en el lugar. De acuerdo con testimonio de víctimas, esa función les permitió delatar e inculpar, para sus propios beneficios, a sus vecinos o familiares ante los subversivos llevándolos a ser ejecutados u obligados a irse del municipio. Con el arribo y retoma del ejército del territorio y el posterior advenimiento de fuerzas paramilitares, estos milicianos huyeron o fueron asesinados, lo que a su propio juicio los colocó en el papel de víctimas en especial por desplazamiento. Con este criterio, se reportaron y fueron reconocidos como víctimas y beneficiados por la ley.

Por su parte la comunidad no víctima, son todos los pobladores de esa época que aún perviven en el municipio, y quienes posterior al año 2003 han llegado a la fecha de este estudio. Muchos de ellos fueron testigos de hechos victimizantes o en algún momento fueron asediados o amenazados por la guerrilla; en todo caso, nunca se pronunciaron o se reconocen como víctimas. Por temor, se entiende, no reaccionaron ante las fuerzas subversivas y, en voz de muchas de las víctimas, no fueron solidarios ni prestaron ayuda para proteger a quienes luego fueron desaparecidos, asesinados o forzados a irse. Alguna parte de esta comunidad no víctima, precisamente descalifica a quienes se pronuncian como tales, pues ven en ellos personas oportunistas ante las prebendas que da el Estado, y descalifican el hecho por el cual algunas autodenominadas víctimas reclamaron beneficios económicos del Estado.

También están los actores o agentes del Estado que, en el momento del conflicto, debieron someterse a las presiones de la guerrilla e incluso despachar desde Bogotá u otros municipios. Hoy en día no están vinculadas a la administración, viven en Tibacuy y no participan de la mesa municipal de víctimas; sin embargo, se reconocen afectadas por el conflicto pues para proteger a sus familias debieron irse forzadas por la presión de la guerrilla.

En esta muy breve descripción de actores y agentes relacionados en torno al conflicto que viviera el municipio entre los años 1998 y 2003, se debe tratar de identificar las formas como se ha hecho o deshecho el tejido social. A partir de los testimonios de víctimas y no víctimas, encontramos que la estructura social la determina la colocación que como sujetos asumen los pobladores que vivieron de forma directa el conflicto.

Asumimos el concepto de colocación zemelmaniano en sentido crítico, es decir, no por la actitud interesada en construir historia donde el sujeto se antepone a las circunstancias y elabora a partir de estas una postura política, es decir de movimiento en cuanto no se queda encerrado en los marcos de referencia situacional dados por los acontecimientos (Zemelman, 2002), sino que, por el contrario, en el caso de Tibacuy, esa quietud política devela un escaso llamado de voluntad como posible reflejo de necesidad de conciencia. El tejido social es el resultado, entre otras, de la manera como los sujetos que lo componen ven, sienten, entienden y asumen su comunidad y su historia.

En el entramado social están presentes tanto el sentimiento y mundo psíquico de quienes fueron afectados, y la mirada colectiva de los demás pobladores, antiguos y recién llegados. Tibacuy, como escenario de distintas manifestaciones sociales, es distinto si se le observa desde la estructura psicológica de víctimas y desde las dinámicas propias de la vida social donde confluye lo económico, institucional y político.

En las víctimas está el adoptar o rechazar la filiación con la comunidad y en particular con actores específicos de la misma. Pueden acogerse a la mesa municipal de víctimas que hace parte de la estructura social e institucional del municipio y, a través de la cual, se accede y fomenta modelos asociativos que empoderan e impulsan actividades culturales y económicas. Allí adoptan el espectro social. En contraposición, el rechazo es palpable desde el mundo psíquico, pues algunas de las víctimas elijen estar mejor en sus casas y no en reuniones comunales, de hecho, afirman ir a la cabecera municipal para realizar diligencias y basta. En sus intenciones no están las de vincularse, incluso, a la mesa municipal de víctimas que le son propicias por derecho. También hay quienes se contraponen a la mirada peyorativa y subalternizada que los señalan como ciudadanos de segunda, dependientes y faltos de iniciativa, al punto de negar la nominación de «víctima» y preferir llamarse sobreviviente. Así, la colocación del sujeto víctima es dual, donde es y ha sido poco visibilizada y reconocidas sus afectaciones y sí una injerencia social desde la dependencia.

También hay rechazo de las no víctimas ante las víctimas, y como hecho palpable está la desconexión entre unos y otros. El caso directo está en que las actividades de estas últimas se realizan del conjunto de pobladores del municipio. En al menos una

oportunidad, se hizo en un recinto cerrado alejados completamente del municipio, como cosa de víctimas; en otra oportunidad se hizo en uno de los parques centrales del municipio, el de Tibacuy, y solo involucró nuevamente, a las personas registradas como víctimas. Estos eventos están dirigidos a las víctimas y la socialización con las no víctimas es mínima, con ausencia también de instituciones educativas, administración local y otras asociaciones.

Así las cosas, la dicotomía da cuenta de la manera como vive Tibacuy hoy su relación con el conflicto, lo que fue, pero esta relación muestra el vínculo que existe entre las personas. Es evidente una normalidad en sus dinámicas sociales, pues mantiene una economía, una vida pública, expresiones culturales de tradición y política común a todo municipio. Pero silencia las emotividades, sentimientos e historias que determinan especialmente a las víctimas del conflicto, quienes se sienten traicionadas. Esta discreta radiografía muestra la fractura de un tejido social que se le dificulta ver su historia, hacer memoria y superar resentimientos; sin embargo, la fuerza de la dinámica social les permite compartir los espacios y las actuaciones, como cuando en una familia se toleran discretamente sus miserias pero que revientan en algún momento catártico.

Lo anterior va en contravía con lo que para algunos autores como Worchel, Cooper, Goethals & Olson (2002), acercan a la cohesión de un colectivo; al notar la noción de grupo, vemos cómo puede homologarse a la de comunidad, si aceptamos que los miembros sienten que hacen parte de una unidad en razón a «compartir ideas y opiniones y aceptar las normas del grupo. Los integrantes también tienen por lo menos un objetivo en común» (Pág. 414). El identificarse con iguales valores, aceptar un mismo pasado, reconocerse con los otros, son aspectos que posibilitan la construcción mancomunada de proyectos y sus logros. Aquí hay una tarea pendiente para el municipio de tal forma que entre víctimas y no víctimas se tejan en actitudes, compromisos, ideas y metas. Le serviría al municipio apoyarse en trabajos interdisciplinarios como lo abogan los estudios culturales.

Sin embargo, al interior de la mesa de víctimas no se percibe tampoco cohesión en la medida que los propósitos asociativos se bloquean ante los intereses particulares. La asociatividad ha sido difícil, puesto que son muy pocas y con pocos resultados las asociaciones que han alcanzado logros y se sostengan. No están identificados los aspectos que hacen que al interior de estas las lleve a la falta de continuidad y la disgregación, incumpliendo metas y objetivos trazados. Parte aquí la inquietud, ¿qué debilita a estas asociaciones? ¿Prima el interés particular sobre el colectivo? Desde la perspectiva del reconocimiento (Honneth, 1997) se aboga por construirse colectivamente... pero a veces, el querer hacer algo en conjunto se frena por las dificultades de comunicación y confianza... y en el fondo, es usual encontrar resentimientos y descon-

fianza... se tiende con mucha frecuencia, a esperar el liderazgo de la administración, pero menos el liderazgo de la comunidad... lo que otrora caracterizó a líderes como Isidro Sosa o el mismo Alfonso López, se asoma de manera muy discreta sin lograr consolidar procesos que redunden en el tejido social. El hecho de que familiares de víctimas estén autoexcluidos o marginados de la vida social de la comunidad, es una triste muestra de no sentirse parte de esa sociedad.

Tibacuy es una comunidad cuyas relaciones sociales están mediadas por la oralidad toda vez que, pese a la mediatización de la información y emergencia de las redes, es palpable la centralidad del lenguaje. Prima lo que se dice a partir de lo que se ve y se interpreta. Al no ser foco de atención en los medios por su conflicto como sí lo fueron otros municipios y regiones aún en el mismo Sumapaz, Tibacuy permanece oculto, poco visible, en parte a que no han prosperado iniciativas de medios ni mediaciones, un mensaje más para promover y respaldar iniciativa en radio, prensa o televisión local, o mediaciones que ayuden a promover y visibilizar tanto la producción de contenidos, como especialmente la materialización de conocimiento. Es momento de los proyectos intelectuales.

De esta forma y como le expresa Grossberg (2017), para Hall, no hay garantías, las relaciones existen y están ahí, su naturaleza es otra cosa y es menester entender cómo se configuran y constituyen. En Tibacuy hay afectaciones psicosociales que no han sido atendidas y eso es un determinante de la manera como se vinculan las personas, sean víctimas o no víctimas. Para los estudios culturales, la tarea está en comprender estas relaciones, lo que las tensiona, sin aspiración a desestructurarlas o reestructurarlas, lo que lleva a la afirmación que este campo implica ser «anti-antiesencialistas, creer que hay relaciones pero que estas son contingentes» (Pág. 29). Las cosas pueden cambiar si hay proyectos intelectuales y políticos.

PROYECTO INTELECTUAL Y POLÍTICO

Para los estudios culturales es necesaria la producción de conocimiento, toda vez que se define como una práctica intelectual, pero no es el conocimiento de decoro, ni el conocimiento bonsái, es decir aquel para mostrarse y obtener figuraciones, reconocimientos con aplausos... ese es un nivel egoísta del saber. Lo que aquí se promulga, es un conocimiento que se convierta en lucha política; es decir, que el saber promueve el moverse, entrar en conciencia y determinación. A la voz de Zemelman (2002), la primera voluntad que se llama es la de conocer. Aquí la pesquisa indica sí la gente de

Tibacuy quiere conocer... la respuesta es sí, precisamente por lo narrado por las víctimas, quienes ven en el conocimiento una forma de movimiento y actuación, que, a la postre, es política.

Ese conocimiento identifica las relaciones de poder, no solo de dominación, sino de posibilidad. Por ello acude la búsqueda a conocer lo que la gente quiere, lo que las víctimas sueñan, pero también su herencia, sus hijos y nietos, estos últimos, con anuncios de conciencia y cambio, de acción frente al olvido. Hay anuncios, pero no globales ni determinantes, porque hay conocimiento de las situaciones que pasaron, pero no se sabe aún qué hacer con ellas.

Con la idea de coyuntura ya expuesta, se entiende que el saber implica tensionar las formas tradicionales de poder. Y no solo el poder de gobierno, sino el poder de permitirse gobernar. ¿Cómo es posible que décadas de dejación continúen y mostrando como evidencia los deterioros ambientales y de patrimonio arqueológico, cultural y económico? Quizá se pueda decir que es un mal general, porque “así somos”, pero el conocimiento debe aportar a la construcción de conciencia que dé la posibilidad a su vez de tomar decisiones distintas o al menos elevar la exigibilidad a los representantes de la voluntad popular. Y, sobre todo, comprender que esa voluntad no termina en la representación, sino que la mayoría de las decisiones de cambio y transformación está en manos propias. Así que el conocimiento debe llevar a la reflexividad, concienciación y acción transformadora, de lo contrario no tiene sentido. Lo maravilloso del campesino, es que no pierde la humildad, y esto debe ser fehaciente al momento de imaginar una nueva forma de encontrarse con otros saberes.

En su tarea no reduccionista, los estudios culturales han sido elocuentes en su transdisciplinaria. Aquí ratificamos la necesidad de ser incluso contradisciplinares, porque el saber de los habitantes del campo va paralelo a las disciplinas, porque siendo propio y alimentado especialmente por la tradición y la experiencia directa, hace parte de un saber colectivo que se amalgama cuando se le da espacio. El muy entrecomillas centro de conocimiento llamado universidad, estará siempre en la misión de proponer formas nuevas de acercamiento, diálogo e interacción que ayuden a construir nuevas formas de convivencia “con la aceptación de la diversidad de conocimientos, potencialidades y habilidades” (Grossberg, 2017, pág. 35). Y que este sea el sabor del conocimiento y la lucha política, el construirse continuamente y con claras evidencias que se está haciendo.

EL LUGAR DE LA MEMORIA

Los proyectos y *Resiliencia y emprendimiento. Una ruta para potenciar el encuentro entre la UNAD y la comunidad de Tibacuy* centraron su interés en la memoria como dispositivo de tejido social. En el recorrido, el equipo se dio cuenta de la complejidad del concepto de memoria, pues pese a contar con preceptos y ser tendencia en el país, la idea de memoria desborda el bagaje teórico y exige otras miradas epistémicas. ¿De qué memoria estamos hablando? Sabemos de la multiplicidad de las memorias, pero encontramos lugares comunes. La memoria está hecha de representaciones, materiales y simbólicas que exigen un cuidadoso manejo para entender su funcionamiento (Kansteiner, *Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva*, 2007). El trabajo realizado en Tibacuy dio cuenta de tremendos inconvenientes metodológicos ante el arriesgado esfuerzo de tejer memoria colectiva... por ello, es muy ambicioso catalogarlo dentro de esa categoría.

MEMORIA COLECTIVA

Volvamos con Kansteiner, crítico de las apuestas sobre la memoria colectiva, la cual nos aclara que esta “no es historia, aunque en ocasiones está hecha de un material similar. Es un fenómeno colectivo, pero solo se manifiesta en las acciones y declaraciones individuales [que, en conjunto] favorece intereses contemporáneos. Es tanto resultado de una manipulación consciente como absorción inconsciente y está siempre sujeta a mediación” (pág. 32)

En efecto la memoria colectiva puede traer eventos históricos (Tibacuy fue fundada en 1592), con ricos antecedentes prehispánicos y una resistencia indígena digna de película (cosa que no existe pese a tener el municipio el remoquete de Hollywood criollo), y responde a demandas intelectuales y cierto esnobismo académico que, hasta el momento, es tímido en sus alcances y transformación. ¿Qué ha logrado la recuperación de la memoria en nuestro país? ¿Qué puede significar en un municipio como Tibacuy hacer memoria? ¿Qué metodologías y el papel que cumplan allí las disciplinas que intervengan? ¿Cuáles serán sus efectos? No es fácil ir a las fuentes directas, aunque estén vivas, muchos de los impedimentos son psicológicos, no pocos morales y éticos (¿conversar con el promotor del asesinato de un familiar que siendo vecino ahora es comerciante en el pueblo?). Estas son algunas razones que llevan a acudir a las percepciones,

las representaciones y testimonios de testigos o referentes no siempre presentes. La memoria se siente en los efectos, las heridas, traumas y dolores vigentes, o en los silencios y evocaciones, y claro, no faltan los chistes y el humor negro. “En definitiva, los estudios de la memoria colectiva representan una nueva aproximación «al más elusivo de los fenómenos, la conciencia popular»” (Op. cit).

Ya mencionamos que Tibacuy no ha pasado por esta zona, la de la conciencia colectiva, producto de escenarios de reflexividad, entre otros asuntos porque no ha sido propio de un espacio político, así que no hace parte de lo que para Gramsci sería una “crisis orgánica”, esto no ha sucedido pues posterior a la salida de la guerrilla y la presencia paramilitar, el pueblo y su gente siguió su vida (obviamente), llegaron nuevas personas, y se reguló la vida política según las normas institucionales comunes a todo municipio. Su eslogan de la joya escondida de Cundinamarca, le va bien porque el municipio en sí ha estado silenciado, adormecido y casi sin protagonismo regional o departamental, y en materia de memoria, se ha cultivado en un pasmoso olvido.

La memoria colectiva se constituye a partir de las experiencias cotidianas y cómo se socializan ya sea en espacios abiertos o cerrados. Es en la interacción social donde se tratan, configuran y significan los hechos del pasado, lo material y simbólico del patrimonio que le son propios y que llega a representarse en materializaciones o en los discursos e imaginarios. Para Tibacuy, es significativo su pasado panche, más allá que comprendan o no, esta desaparecida cultura, y para muchos lugareños los lleva a su relación con la tierra y lo que les ha podido ser productivos. Apoyando las tesis de Halbwachs, Kansteiner, reitera el valor de lo colectivo donde se encuentran distintas subjetividades colocando lo colectivo sobre lo individual, “El propio lenguaje y las pautas narrativas que utilizamos para dar expresión a la memoria, incluso a la memoria autobiográfica, son inseparables de los criterios sociales de plausibilidad y autenticidad implícitas en ellos” (Kansteiner, 2007, pág. 35), colocando la existencia de la memoria individual en estado dudoso. Sin embargo, para distensionar esta disputa teórica y conceptual, él mismo argumenta la necesidad de “distinguir entre diferentes tipos de memoria «social», la memoria autobiográfica por una parte y la memoria colectiva”, y negando su base orgánica, concluye que la memoria colectiva “tiene su origen en comunicaciones compartidas sobre el significado del pasado y arraigadas en los mundos de vida de individuos que participan de la vida común de sus colectivos” (Pág. 34), para que finalmente logren su significación mientras se socialicen, signifiquen y logren un nivel de representatividad amplio, lo que en otros términos implica el vínculo con la comunicación.

MEMORIA CULTURAL

Desde la perspectiva cultural, la memoria debe entenderse como el encuentro de múltiples subjetividades que buscan un asidero en las materializaciones de su historia. Recopilar no solo los testimonios sino llevarlos a piezas visibles para las nuevas generaciones es lo que le da cierta determinación a esta memoria. Es el camino espinoso, porque demanda aceptar las “interpretaciones plurales, diversas, simultáneas y en ocasiones contradictorias, en las que se juegan disputas, conflictos y luchas en torno a cómo procesar y reinterpretar el pasado”; pero, además, la responsabilidad sobre los mismos; es lo que llevaría a un momento tensionante el construir un monumento a las víctimas, sobre todo porque ese sustantivo ya genera una ardua dispersión de disencuentros. El mejor enclave para pensar la memoria cultural pasa por determinar, o al menos pautar una aproximación a lo que sería la identidad tibacuyense. Tratar de acercar esta idea ya es un desafío por indagar toda vez que la fuerza migratoria de distintos momentos se ha hecho sentir, sin que ello implique que los residentes tradicionales sean invisibles. La pregunta por la identidad es una cuestión cultural y comunicacional, y la memoria cultural es de todos modos un referente que aporta a esta noción toda vez que las materializaciones se constituyen en representaciones colectivas. El error para diferentes autores es confundir esta memoria cultural con la colectiva.

El encuentro de subjetividades, representaciones y materializaciones trae de nuevo a Honneth y su lucha por el reconocimiento, capaz de implicar la compasión, acoger la exposición de sujetos jóvenes, mayores, residentes y migrantes, víctimas y no víctimas, supervivientes y victimarios, para llevar ese reconocimiento a un nivel crítico donde se palpe la voz del colectivo en representaciones donde las gentes se encuentren y sientan que su voz está ahí. Con lo expuesto en contexto, hay unos referentes valiosos sobre los cuales la municipalidad podría andar y proyectar ese trabajo sobre la identidad, requiriendo obviamente un proceso intelectual; valorar el legado muisca y panche, la herencia colonial, republicana y llevar a conciencia las transformaciones que se vienen sucediendo. Pero, además, reconocerse en el homenaje de conmemoración de las víctimas, punto de encuentro que podría llevar un mensaje resiliente y también de proyección.

Un proceso comunicacional trasciende el reconocimiento de la pluralidad y adopta la mirada sistémica donde todas las fuerzas implicativas y contextuales entran en juego. Estos procesos tienen como fundamento la resignificación del recuerdo y por ende del pasado, tener en cuenta nuevas hipótesis y conjeturas (Waldman, 2006) que superen el “cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas” (Richard,

1998), para lo cual enfatiza la autora chilena que “...es la laboriosidad de esta memoria insatisfecha que nunca se da por vencida la que perturba la voluntad de sepultura oficial del recuerdo mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas” (pág. 65).

Hay un cúmulo de pasado, de historia, de sujetos, de identidades resentidas, todo aplica para aceptar el momento de una memoria potencial.

PENSAR EL FUTURO ACEPTANDO LA COMPLEJIDAD DEL PRESENTE

COMPLEJIDAD Y CONTRADICCIÓN

De los estudios culturales retomamos el concepto de complejidad y contradicción. En efecto Tibacuy cuenta con un pasado silencioso y un presente efervescente, taimado, discreto y oportunista (parece haber una revolución descontrolada de turismo como motor de la economía, y al mismo tiempo, precaria disposición política, mediana capacidad estructural, y precaria infraestructura). Mucho para contar, poco para decir, muchos implicados, pocos reconocidos, hemos aprendido a vivir en medio de una discreción, como si no hubiera pasado nada o este sea apenas parte del paisaje. Tenemos mucho por decir, y por ello mucho por callar. Y el callar es un rechazo para hacer memoria y también para revisar los aprendizajes que traen consigo esos pasados, y este silencio figura como opción política. Una perspectiva desde los estudios culturales nos permite conocer las complejidades y contradicciones que se manifiestan en los diálogos y situaciones de la experiencia cotidiana. Por allí se atraviesan las formas de pronunciar esos pasados y los significados emergentes, todo ello presentes en el lenguaje.

¿Qué hace complejo tener una cultura de la memoria contraria a una cultura del olvido? Lo primero es no reducir la idea de la memoria, ni aun considerando que la memoria histórica, colectiva o individual, de por sí amplias, no se cierne a la violencia, sino a la vida de décadas e inclusive siglos atrás. Así, valorar que el análisis va más allá de víctimas y victimarios por el enrarecimiento del presente, lo que invita a llevarlo más allá, y tejer con las generaciones nuevas que no estuvieron allí, pero que reciben ciertos impactos heredados. Lo segundo es considerar que la memoria no está hecha solo de datos, acontecimientos o hechos ajenos, sino que allí todos están presentes; uno de los aspectos más críticos disuelto, más no ausente en estos tramados relacionales, es el emocional, justo donde se dirimen o fortalecen los vínculos. Sin atención de esta

dimensión emocional es difícil entramar socialmente desde el reconocimiento con fines de identidad y futuro. Y allí se vinculan gentes que van y vienen, se van o llegan.

Ahora bien, la complejidad de incursionar en el tema de la memoria en un municipio con gran historia, pero renuente a adoptarla, confronta factores históricos (cp): uno de estos es «las tradiciones intelectuales y culturales que enmarcan todas las representaciones del pasado». Si entendemos como tradición intelectual como la existencia de un pensamiento, debatido, discutible, confrontado y sobre todo materializado, Tibacuy no tiene una construcción de pensamiento, pues, aunque en su seno vivan profesionales de distintas disciplinas, son escasas las convocatorias para realizar esa confrontación de pensamiento o al menos trazar una ruta. Tampoco hay práctica de construcción de saberes, y como se anotará en otro apartado, tampoco se recupera el saber de los más ancianos, y el acercamiento a ellos es sospechoso en algunas de las veredas pues han notado los lugareños una práctica extractiva de su saber, lo que implica un desafío a tejer confianza.

Otro factor está relacionado con «los creadores de memoria, aquellos que de manera selectiva eligen y manipulan esas tradiciones», podríamos afirmar que si no existe lo primero, tampoco lo segundo, pero tampoco es cierto pues Aprenat, asociación de campesinos siendo una de las pocas funcionales en el municipio, da cuenta de un trabajo de protección al cerro Quininí, y allí utilizan el patrimonio natural y arqueológico del cerro para ofrecerlo a un turismo abierto; en sus guías a turistas, se preocupan por dar elementos de las antiguas civilizaciones que habitaron el territorio, y con su trabajo, se ha creado, recreado y sostenido la herencia panche, lo ponen en sus discursos y en buena medida es parte del atractivo del cerro. Además, presentarse como protectores del ambiente, da cuenta de otro elemento que aporta a la memoria del lugar como lo es mantenerlo para que otros lo disfruten. El manejo que hacen del entorno y sus patrimonios da cuenta de una tradición que es darle relevancia a la cultura panche, que aún está en deuda materializarla (producción intelectual) y hacerla más visible.

Un tercer factor para nominar la memoria colectiva está vinculado con los receptores, es decir, «consumidores de memoria, aquellos que usan, ignoran o transforman tales artefactos de acuerdo con sus propios intereses» (Kansteiner, 2007, pág. 32), que bien reconocemos a los turistas, pero no se sabe aún qué se llevan de su experiencia cognitiva del cerro; esto sería un material de investigación. Allí se vale preguntar por qué les interesa conocer, pero, aún se desconoce información sobre el tipo de turismo y de turista que llega al territorio... se sabe que mucha gente llega al municipio, pero, es poco lo que interactúa o recorre la región; es decir, se cierra sobre lo mínimo sin abrirse a otras potencialidades de la región.

PESIMISMO INTELECTUAL

En la explosión contemporánea y prácticamente global sobre la memoria que apela a los adjetivos esnobistas, no dejan de ser prácticas más discursivas y figurativa que reales. No existe lo que Kansteiner reclama como *ejercitar el saber de la memoria*, pues las políticas de la última administración del Estado han mostrado el camino contrario, como si recordar fuera el problema, inclusive al punto de cuestionar un hecho tan irrefutable como la existencia del conflicto armado en Colombia. Así mismo, cuestiona el currículo oficial en materia de enseñar o no historia en los colegios, es una tarea pendiente, en especial o entre otras cosas, por el hecho de centralizar su estudio desde una mirada oficial. Con todo, para notar este punto de cerramiento intelectual, cabe afirmar que la memoria ha sido tema de interés, en el periodismo y en algunos otros especialistas, pero no es el tema central de la cultura y precariamente de la academia.

La reflexión que vamos construyendo nos lleva a ver la memoria como patrimonio, dado que es una poderosa alternativa que tiene hoy el municipio, donde no existe aún el discurso sobre la memoria, pero tiene todos los elementos que podrían darle valor a lo que ya es patrimonial. Desde lo ancestral, el manejo del recurso natural y su llegada actual, hasta el mismo conflicto y su particularidad. Sus centenarios habitantes, retan la recuperación de su oralidad. Por ello cabe sugerir que la memoria potencial debe incluirse en la agenda pública como forma de darle centralidad al tema de derechos, de tan incipiente discusión en el municipio, así como la “justicia y responsabilidad colectiva” (Waldman, 2006), y retener que “la identidad, memoria y patrimonio cultural son conceptos unidos”, articulación que otorga valor y significado a la memoria, y sobre todo a la manera como se constituye tanto en la identidad como en lo que se le pueda materializar o visibilizar, de allí la importancia de producir “textos y relatos académicos que asuman la complejidad y conflictividad propias...” (Gili, 2010).

PRESENTE

Esta es una categoría retadora. Solemos estar o en el pasado o en el futuro más solemos aislarnos de lo que nos permita sentir y pensar reflexivamente lo que acontece en el aquí y en el ahora. Planteada por Zemelman como acceso a la realidad, vehicula en Tibacuy una batalla soterrada y perdida. El hecho que no entre en el campo de la discusión, reflexión o al menos estudio, saca de la palestra eso que para Wlad-

man llama “batallas por la memoria” (2006). En no volver sobre ello ni revelar posibles aprendizajes, coloca a la memoria como un lugar de otros. Por los testimonios escuchados, resentimientos, rabia y nostalgia e impotencia, recordar duele, y el dolor separa, y máxime cuando no se cura, el sabor de injusticia imposibilita estructurar un relato del pasado, en donde este se descoloca en las miradas hacia el futuro. En otras palabras, puede que recordar, y en concreto los hechos de violencia por el conflicto, no sirva para nada. Cada uno se siente víctima en particular, pero sienten también que los otros no lo son.

Pero la memoria sigue siendo objeto de estudio, porque tiene la potencialidad de crear significados sobre lo que aconteció, no solo en el conflicto, sino en un pasado que bien se entiende milenario. Los portadores de la memoria son portadores de las representaciones que definen la identidad. La construcción simbólica es el resultado de procesos de apropiación y reapropiación que dan sentido a los nuevos tiempos, donde la vocación agrícola ha disminuido, el interés por la conservación se manifiesta y el turismo se asienta como vocación productiva, y donde también existen líderes campesinos que desde su voz emerge la revalorización por lo ancestral demandando acompañamiento, tejido de saberes y por supuesto materialidad intelectual. Tibacuy merece ser un municipio que concentre la preocupación por el saber, el cual es desde los estudios culturales necesario, y obligadamente de tejido mancomunado.